La parábola: una forma de vida*

Algirdas Julien Greimas

* Agradecemos a Françoise de Chassey, quien en nombre de Les éditions du Cerf, otorgó la autorización para la publicación en español de este artículo de Greimas, el cual apareció en francés, en 1993, en el libro colectivo titulado Le temps de la lecture. Exégèse biblique et sémiotique, mélanges offerts à Jean Derome, obra que forma parte de la colección Lectio Divina dirigida por Dominique Barrios. Manifestamos también nuestra gratitud a Louis Panier, director de CADIR (Centre pour l’analyse du discours religieux) quien nos facilitó la copia del manuscrito que aquí reproducimos.
La parábola: una forma de vida

Inscrita como un género literario en la tipología de las tradiciones orales de la humanidad, fuertemente consolidada por la herencia semítica —mashal en hebreo (1), matel en el Corán (2)— la parábola evangélica no pierde sin embargo nada de su especificidad. Traducida en griego por parabolê, “comparación”, “Gleichnis” —sustantivo que le servirá de emblema— se encuentra desde hace mucho y por mucho tiempo integrada en la tradición de la retórica greco-latina que termina de banalizarla tratándola como un instrumento de la persuasión y de la interpretación. La semiótica del discurso religioso se esmeró, desde sus primeros pasos, en revalorizarla proyectando sobre ella una ingenua mirada de incompetencia exégetica, pero tratando al mismo tiempo, en el marco semiótico más general, de considerarla como una configuración discursiva portadora, como forma, de un sentido que le es propio. Es sobre esta línea de investigación, en este momento considerablemente enriquecida, que me propongo reflexionar.

La eficacia de la parábola

Contrariamente a la retórica de la comparación así como de la metáfora cuyo propósito, reconocido o no, es la racionalización del discurso mediante la reducción de los márgenes a formulaciones cognitivas más abstractas, el mérito de la semiótica, al renovar la problemática de la parábola, fue fijar la atención sobre la figuratividad narrativa que le es propia y de donde extrae buena parte de su eficacia.

La eficacia, concepto tecnológico, que no remite a la naturaleza, al “ser” de las cosas, sino al “hacer” y a los resultados que produce, aparece como la atenuación de un saber categórico, como una actitud de incertidumbre frente a un mundo fenomenal. Una actitud...
que el investigador expresa, en su lenguaje cotidiano, con un “no sabemos exactamente como es, pero funciona”. Llevada y aplicada a las organizaciones discursivas verbales, la eficacia sustituye al juicio de “calidad” de una comunicación exitosa, a la “verdad” que ni siquiera nos atrevemos a afirmar y sirve también, por qué no, para formular un juicio estético sobre una obra de literatura o de pintura.

Para dar cuenta de este hecho cuyas repercusiones sobre la episteme de nuestro tiempo son importantes, estamos obligados a reconocer que los recorridos del pensamiento que conducen a la constatación de la eficacia, que toman a menudo caminos figurativos, son diferentes de los de la demostración o de la llamada explicación científica. Podemos pensar lo que queramos del psicoanálisis, hay que reconocer que planteó una pregunta pertinente en cuanto al éxito de la comunicación, o sea cómo el hecho de que un individuo que tiene “problemas” puede volverse plenamente conciente de sus trastornos psíquicos, sin lograr no obstante poder “asumirlos”, hacerlos suyos, lo que lo llevaría al camino de la “cura”. Esto implica, en el nivel de la terapia, la negación del metalenguaje cognitivo y la marcada preferencia por el discurso figurativo por parte del paciente. Veamos bien que se trata de un problema mucho más general y que abarca toda comunicación intersubjetiva: diríamos que el acto epistémico de adhesión, aún mal delimitado, y que se coloca entre el hacer-creer y el creer, podría recibir un principio de explicación a través del encuentro que se realiza en el nivel del cuerpo propio percibiente entre las “pasiones del alma” y las “pasiones del cuerpo”, a través de la marca de la llaga, por ejemplo, que convocaría la herida de amor propio “autentificando” así la figura dolorosa.

El creer, la fidelidad, conceptos fundadores de intersubjetividad humana —y de los cuales la fe religiosa no sería sino una de las variantes específicas— sirve de punto de partida a otro tipo de racionalidad, diferente de la racionalidad
La parábola: una forma de vida

algirdas julien greimas

La parábola: una forma de vida

consciente y que se apoya en el desarrollo de la palabra figurativa. No es sino recientemente que se empieza a reconocer el valor heurístico del razonamiento analógico, que se propone incluso utilizar, en el ramo de las ciencias, modelos analógicos. Sin embargo, si bien éstos son considerados como susceptibles de desencadenar nuevos recorridos inéditos del razonamiento, "de "dar ideas" al investigador, es también cierto que las ciencias llamadas avanzadas no encuentran nada mejor, para cerrar su círculo, que colocar, al final de sus recorridos, representaciones mitológicas figurativas: los ángeles del cielo que Newton había colocado para jalar los astros y dar cuenta de esta manera de las leyes de la atracción universal, son también tan "científicos" como los bangs y los bings de hoy en día que permiten al universo salir del caos hacia el orden.

Es en esta perspectiva general que conviene tomar en cuenta el discurso parabólico y dar por hecho su eficacia. Con la condición de agregarle nuestro saber —y el saber-hacer trabajosamente pero seguramente adquirido— sobre los modelos narrativos que reconocemos en el funcionamiento figurativo de las parábolas. Pienso a menudo en las conversaciones que sostuve antaño con un sobreviviente del Gulag quien, después de haber pasado diez años en este ambiente peculiar, era incapaz, según me parecía en ese entonces, de contestar simplemente, por un sí o un no, a mis preguntas. Saliendo del silencio, empezaba a contarme alguna historia de la vida cotidiana del campo, sin conexión aparente con la pregunta. El relato se desarrollaba, se complicaba para resumirse finalmente como un enunciado metafórico de sabiduría. Este discurso del "hombre del pueblo" en donde las cosas se transforman en símbolos y los pequeños acontecimientos en figuras portadoras de sentido me lleva siempre hacia la palabra parabólica de Jestis.
Una palabra abierta

Antes, mientras la semiótica buscaba construirse modelos de organización narrativa del discurso a partir de las intuiciones de Propp, el relato nos parecía primero como un género literario auto-suficiente y cerrado, el acontecimiento que anunciaba la destrucción del orden establecido era, por fin, compensado por la restauración de ese mismo orden. La formulación de un relato dado, definido por su cierre, debía naturalmente dar lugar a un debate sobre su apertura, interpretada como una suspensión y como un desbordamiento del exceso de la significación. Tal estrategia narrativa puede ser ilustrada por la última secuencia de Dos Amigos de Maupassant que me enfoqué de poner en evidencia. En efecto, los dos amigos, condenados a muerte y fusilados, fueron después arrojados al agua cayendo “de pie” en el río. Esta figura rectilínea, derecha, de dos cuerpos erguidos expresa, claro está, en el plano semi-simbólico la rectitud, la negación de “acostarse” e instaura, más allá del relato terminado y más allá de la muerte, la afirmación de un universo distinto de valores. Se trata de un universo de valores “más fuertes que la muerte” —patria, honor, respecto de sí, poco importa— planteados de manera realmente indistinta, valores indeterminados, abiertos, cuya sola existencia está categóricamente afirmada.

El lector se dará cuenta sin problemas que estoy desarrollando una parábola al buscar una definición adecuada de la parábola evangélica. Pues, ¿qué es una parábola sino una apertura sobre lo imaginario, una problematización de lo cotidiano y de lo que acontece para erigirlos como interrogación y como responsabilización del enunciador, oyente o lector?

En efecto, basta con comparar, aún muy superficialmente, la parábola evangélica con las otras formas parábólicas de la cultura semítica —la parábola rabínica de los siglos I y II, contemporánea de la enseñanza de Jesús, y la parábola coránica, si bien
La parábola: una forma de vida

algo posterior, tradicional en su forma — para ver surgir su especificidad. Mientras que las dos religiones de la Ley están ante todo preocupadas por la conservación de la palabra de Dios y utilizan la parábola, generalmente de estructura binaria, para dar su interpretación correcta, Jesús parece preocuparse sobre todo por interrogar la Ley y, sin jamás renegar de ella, de abrirla problematizándola. Es Dios, en el Corán, quien es el garante de la Ley y de su interpretación; la parábola rabínica coloca a menudo dentro del enunciado la figura del rey, representando simbólicamente a Dios: el sujeto de la enunciaci ón, confundido o no con el sujeto del enunciado, dice entonces la Ley y sanciona su interpretación. El proceso es diferente en la parábola evangélica que opera la transferencia de responsabilidad sobre el enunciatario, sujeto receptor del mensaje, a quien corresponde interpretarlo, escoger la “buena respuesta” al integrarla en el conjunto de los planteamientos parabólicos. La parábola, despojada de su función didáctica, se vuelve una mayéutica.

Más que una forma parabólica cualquiera sometida a las reglas del género, se trata de un discurso parabólico continuo, entendido como forma de apertura, como manera de decir, como estilo de responder a la vida. Así cuando pensamos, por ejemplo, en la “verdadera historia” de la mujer adultera apedreada, los hombres de la Ley, instados a comentarla, hubieran fijado muy probablemente las modalidades de la ejecución, mientras que la respuesta de Jesús, rebasando el problema del adulterio, provoca en el público un abanico de interrogaciones, tales como: ¿qué es un hombre sin pecado? ¿Cómo vivir cuando se es pecador? ¿Qué vale la justicia de los hombres? Una respuesta-pregunta, lo vemos, que crea en el oyente una situación de diálogo interno y le invita a tomar sus responsabilidades. Sería presuntuoso y ridículo ver ahí una tentativa de buscar criterios de evaluación de las religiones como se trata de hacer comparando, por ejemplo, las teorías gramaticales. Cuando mucho podríamos remitir a la distinción recientemente establecida
por Paul Ricoeur entre una ética de la persona y la moral colectiva. Yo hasta diría, si estuviera autorizado, que se trata de una verdadera "teología de la libertad"...

Otra racionalidad

Volvamos a consideraciones más propiamente semióticas. La parábola, decíamos, no es una figura retórica. El discurso parabólico que tratamos de entender y de definir tampoco es un "género literario" en el sentido tradicional, circunscrito por reglas canónicas sobre la "forma" y el "contenido". Hace más bien pensar en esas organizaciones discursivas que se desarrollaron desde el siglo XIX en la literatura europea —y que llamamos incorrectamente "géneros"— y que se apoyan, tal como el discurso fantástico, sobre la ambigüedad, al instalarse la incertidumbre, la indecibilidad como principio de interpretación de la verificación del discurso. Un discurso tal se caracteriza por el entrelazado de dos isotopías veridictorias, de las cuales tan pronto una —la "realidad" de lo cotidiano— como la otra —lo inesperado, lo maravilloso— ofrecen la llave de lectura del encadenamiento de los acontecimientos relatados.

La búsqueda de un modelo analógico explicativo puede continuar. Lo mismo sucede con las reflexiones de un Henri Quéré(3) sobre el estado ambiguo de la cita: un texto citado puede exhibir su predominio, y el discurso dentro del que se enmarca sólo aportará elementos de información complementarios para su apoyo. Sin embargo lo contrario también puede ser cierto, y la cita puede integrarse en el discurso dominante, ya sea mediante algunas adaptaciones o desviaciones de sentido. En esta perspectiva, el discurso de Jesús integra las referencias bíblicas y sigue su camino desarrollando problemáticas más extensas y se construye como un discurso autónomo.

Algunos elementos definitorios del estado del discurso parabólico se precisan: se trata de un discurso doble, bi-isotopo, cuyo primer plano, colocado con anticipación, es aquel del buen sentido
La parábola: una forma de vida

de vida —tomamos esta expresión cargada de sentido de Wittgenstein— parecen entonces como modelos susceptibles de dar cuenta de la diversidad de los modos de sociabilidad de los hombres: diríamos que los individuos, dispersos y solitarios, participarían no obstante de una cierta filosofía de la vida, de una manera de vivir, de responder al mundo que los rodea e incluso, a veces, de decir de otra manera aparte de su monólogo interior, que las personas podrían constituir “comunidades de espíritu” que las rebasan o las unifican. Sin preguntarse de momento sobre el estatuto específico de dichos organismos semióticos, se podría decir que al lado de los “estilos de vida” que parecen caracterizar este fin de siglo, tales como lo absurdo, lo insignificante y la irrisión, habría lugar, al cuestionar el discurso parabólico, para una forma de vida que fuera simplemente la de una manera, extraña, de ser cristiano.

Algirdas Julien Greimas

Referencias:

(2) Agradecemos a nuestra amiga Heidi Toelle quien accedió a escoger para nosotros un corpus de parabolas coránicas.
(3) Henri Quéré, Intermittences, PUF, sous presse.